CAPÍTULO X.

MARTE.

Leyenda sobre su nacimiento.— Sus hazañas en la guerra de los Gigantes.—Marte y Diomedes.—Júpiter y Marte.—Combate entre los inmortales.—Marte vencido por Minerva.—Amores entre Marte y Vénus.—Principal carácter atribuido á Marte.—Sus hijos.—El Areópago.—Cortejo de Marte.—Otros caracteres suyos.—Ocupa escaso lugar en el culto y en las creencias helénicas.—Es el dios nacional del pueblo romano.—Marte y la vestal Rea Silvia.—Nacimiento de Rómulo y Remo.—Fundacion de Roma.—Muerte de Remo.—El monte Palatino.—Rapto de las Sabinas.—Guerra y paces entre Romanos y Sabinos.—Apoteósis de Rómulo Quirino.—Le sucede Numa.—La ninfa Egeria.—Principales diferencias entre los dioses de Grecia y Roma.—Colegios sacerdotales.—Semo Sancus.—Sencillez á la par que complicacion del culto instituido por Numa.—El calendario romano.—Dias infaustos.—Marte divinidad agrícola.—Suovetaurilia.—Símbolos de Marte.—Leyenda de Pico.—Templos de Marte.—*Pavor* y *Pallor*.—Fiestas de Quirino y Marte.—Los *Salii*.—Fiesta de la diosa Anna Perenna.—Representaciones artísticas de Marte.

Marte (en griego Ares) nació en los celestes espacios de la union de Júpiter y Juno; de su madre guardó la índole violenta y colérica, y si fué para los Griegos el dios de la guerra, es para los modernos otra de aquellas divinidades de la tempestad, en pugna con los dioses de la luz. En este sentido se interpretan muchos de los episodios que en Grecia formaban su leyenda.

Acerca de su nacimiento acabó por prevalecer la siguiente fábula, inventada seguramente en Italia con posterioridad á los relatos homéricos, para los cuales era Ares fruto del himeneo de Zeus y Hera. «Cuando Minerva hubo nacido sin madre, dice Ovidio poniendo el relato en boca de la deidad Flora, la casta Juno vió con dolor que Júpiter no había de su participacion necesitado para engendrarla, y dirigiéndose á referir su pena al rio Oceano, detúvose cansada en mi puerta.—¿Qué te trae hasta aquí, hija de Saturno? le pregunté.—Díjome entónces el objeto y motivo de su viaje, y á los amistosos conceptos con que quise consolarla, replicó:—Más que palabras son menester obras para templar mi enojo. Si Júpiter ha llegado á ser padre sin esposa, ¿por qué no habré de ser yo madre sin esposo? ¿Por qué no he de poder concebir un hijo sola, no dejando de ser esposa casta? Para conseguirlo inquiriré cuantos secretos se esconden en el ámbito de la tierra, y escudriñaré los mares y hasta las regiones del Tártaro.—Quería contestarle, pero el temor sellaba mis labios, tanto que, conociendo la diosa mi vacilacion, añadió:—Paréceme, ninfa, que te interesas por mí; si algo puedes, sé en mi ayuda, segura de mi discrecion.—De ella puso por testigo la divinidad de la Estigia, y sin poder contenerme, la dije:—Tus deseos se verán cumplidos mediante esa flor procedente de las campiñas de Olenia; en mis jardines no hay otra, y el que de ella me hizo presente, díjome: Si tocas con esta flor una becerra, por más que estéril, será madre. Hícelo así, y la becerra es ya madre.—Separa mi mano la flor de su tallo; tócala Juno con sus dedos de nieve, y algun tiempo despues, habiendo recorrido la Tracia y la Prepóntida, miró realizados sus deseos, y Marte vió la luz del dia.»

Juno confió á uno de los Titanes el cuidado de su hijo, de quien aprendió las danzas furiosas y sangrientas de los Coribantes. Ares, aunque por su carácter indomable era, segun los poetas, objeto de aversion para los demas inmortales, formaba parte de la olímpica compañía, y en su defensa hizo proezas en la guerra de los Gigantes. «El dios lanza sus furiosos corceles contra la formidable hueste, y con la espada, á la que imprime

irresistible impulso, hiere al monstruoso Pélor en el punto mismo en que se unían con su cuerpo dos serpientes y le servían de apoyo. Al verle caer dirige Marte las ruedas de su carro por encima del vencido enemigo, y la sangre que brota de aquel enorme cuerpo, salpica y pinta los inmediatos montes. El gigante Mimas, hermano de Pélor, vé, desde la region donde peleaba, el triunfo del dios y la desastrosa muerte del hermano; ciego de furor y sediento de venganza, inclínase al mar para arrancar de cuajo la isla de Lemos y lanzarla contra Marte; éste, empero, se precipita hacia él, y de un bote de lanza le atraviesa el cráneo.» (CLAUDIANO).

En cambio, sorprendido por los gigantes Aloides (Oto y Efialtes) fué encerrado en cárcel de bronce: en ella le tuvieron cargado de cadenas por espacio de trece meses, hasta que con auxilio de Mercurio recobró la libertad.

Marte fué en la epopeya de Troya enemigo mortal de los Griegos, y el poeta lo representa semejante «al negro huracan haciendo oir su voz espantosa para alentar á los Troyanos desde los muros de Ilion.» Seguido del valeroso Héctor lleva el estrago y la muerte entre los guerreros sitiadores; su lanza ha derribado á los más esforzados, cuando Diomedes, hijo de Tideo, cuyo carro dirige la misma Minerva, avanza contra él. «Marte se dirige á su encuentro, y al tenerle al alcance de sus armas le asesta furiosa lanzada, anhelando arrancarle la vida; pero Palas, cuya frente cubría el yelmo de Pluton, ocultándola á la vista del dios de los combates, desvía la tremenda lanza; á su vez arremete Diomedes con la suya; Minerva la dirige al defecto de la coraza en la cintura, y allí hiere á Marte y desgarra su cútis inmortal. El dios prorumpe en un grito semejante al que lanzarían diez mil combatientes entregados á furor homicida; Griegos y Troyanos suspenden sus golpes, helados de terror, tan horrible y pavorosa fué aquella voz de Marte, insaciable de sangre y matanza.

«Así como de pronto se extiende el manto de tenebrosa noche luego que llama á las nubes el aliento abrasado de los vientos del mediodía, del mismo modo ofrécese á Diomedes el sombrío Marte al elevarse entre vapores hacia el espacio inmenso del cielo. En un instante llega á la mansion de los dioses en el alto Olimpo; penetrado de dolor é ira, siéntase cerca del trono de Júpiter, y mostrándole la sangre inmortal que corre de su herida, pronuncia con lúgubre acento y colérica precipitacion estas palabras:—¿Cómo es posible, padre mio, que tu indignacion no estalle á la vista de semejantes atentados? Para nosotros dioses ha sido siempre origen de crueles desgracias haber querido favorecer, el uno contra el otro, á la raza de los mortales; pero hoy nuestras divisiones de tí nacen, ya que de tí salió aquella diosa insensata, funesta, y valedora de injusticias. Los dioses todos del Olimpo acatán sumisos tus leyes; mas para sujetar á Minerva á cumplir con su deber, nunca has tenido palabras y ménos castigos. Porque la diste á luz tu solo eres siempre indulgente respecto de sus delitos, y ella es la que excita ahora el insolente furor que contra los dioses anima á Diomedes. A Vénus la ha herido en la mano; creciendo aun más su audacia, como si fuera de naturaleza inmortal, se ha atrevido á pelear contra mí, y bien me ha valido la rapidez de mi carrera, áun no pudiendo morir, para no caer entre repugnantes montones de cadáveres, derribado por los furiosos golpes del bronce.

«El señor del rayo fijó en él sus ojos airados.—Deidad inconstante, le dijo, cesa de importunarme con tus quejas; de cuantos inmortales moran en el Olimpo, eres tú el más enojoso para mí, por respirar constantemente discordias, guerras y combates. En tí encuentro el genio imperioso y rebelde de tu madre Juno, á la cual apénas alcanzo á reprimir con mis amonestaciones, y no me cabe duda de que cuantos infortunios caen sobre tí son resultado de consejos suyos. Sin embargo, no he de consentir que por más tiempo haga el dolor en tí presa; hijo mio eres, y tu madre al darte á luz hame proporcionado el deseado fruto de nuestro himeneo. De mirar únicamente la perfidia que abrigas y no quien te ha engendrado, júrote que hace tiempo habrías sido precipitado en abismos aun más profundos que aquellos en que padecen y lloran los Titanes.

«Dice, y dispone que celestial médico le cure; y así se hace aplicando á la herida un bálsamo que calma el dolor y cicatriza cuanto toca; la Parca no ejerce en los dioses imperio. Del mismo modo que el jugo de la higuera vertido en la blanca leche la coagula al instante al impulso de la mano que con rapidez la agita, con igual celeridad curó aquel bálsamo á Marte feroz. Despues de prepararle un baño para restaurar sus fatigados miembros, Hebe dispone para el dios los más ricos vestidos; con ellos se engalana, y con altanero y envanecido continente se sienta junto el hijo de Saturno.» (HOMERO).

Otra vez Marte y su implacable enemiga Atena llegaron á singular pelea en aquella memorable batalla en que por especial permiso de Zeus tomaron parte los inmortales, unos guiando las huestes griegas, acaudillando otros á los defensores de Ilion. «Juno, la altiva Palas, Neptuno que tiene rodeada la tierra, Mercurio, útil inventor de las artes, y Vulcano, el de feroz mirada y de vacilante y tardo paso, se colocan al frente de la armada. En auxilio de los Troyanos acuden Marte, el del centellante yelmo, Apolo, con su abundante cabellera, Diana cuyas delicias son el arco y las saetas, Latona, Xanto y Vénus, diosa de las risas... Conmueve Neptuno la tierra inmensa hasta en las cumbres de los más altos montes; el Ida con sus innúmeras fuentes, las torres de Troya y las naves de los Griegos se agitan y bambolean. Pluton, rey de los infiernos, deja asustado su trono y prorumpe en terrible grito, temeroso de que Neptuno, resquebrajando la oscilante tierra, descubra á los dioses y á los hombres aquellos tristes, pavorosos antros que no pueden ver sin horror los inmortales mismos.

«Tal es la confusion, tal el tumulto que se promueve al llegar los dioses á combate. Apolo, armado de aligeras flechas, hace guerra al rey de los mares; Palas disputa la victoria al dios de las batallas; Diana, armando su dorado arco, reta á Juno; el brillante Mercurio, bienhechor de los hombres, es adversario de Latona, y Vulcano quiere triunfar del rio que corre por los abismos profundos, llamado Xanto en el cielo y Scamandro en las regiones terrenas.

«Los dioses pelean contra los dioses... la Discordia ejerce en todos su imperio y no hay corazon que no palpite con ira. Precipítanse unos contra otros; horrible estruendo estremece la tierra hasta en sus postreros confines, y en la inmensa bóveda del cielo resuena la sonora trompa de guerra. Óyela Júpiter desde su alto trono del Olimpo y sus ojos se complacen en el bélico espectáculo. Los inmortales no pueden contener por más tiempo el furor que les enciende, y Marte para quien los broqueles son débil reparo, comienza la pelea cerrando contra Minerva armado con su férrea lanza.» (HOMERO).

Derribado Marte por la guerrera Palas, socorrióle Vénus quien pagó así la deuda que con él contrajera cuando ántes, herida tambien por Diomedes, le prestó el dios su carro para ascender al Olimpo. Pero en breve hubo de establecerse entre ambas divinidades sentimiento más dulce que los de amistad y gratitud que describen aquellos pasajes de la *Iliada;* en la *Odisea* canta Demadoco los amores de Ares y de Vénus la bella, la secreta entrevista de los dos amantes en el palacio de Vulcano

FIG. 129.—Vénus, Marte y el Amor. (Piedra grabada antigua).

y los ricos dones que recibió la diosa del dios de los combates. «Helios, empero, testigo de los adúlteros amores, corrió á descubrirlos al esposo, y á tan triste nueva sintió Vulcano agitarse en su mente terribles proyectos de venganza. Sin perder instante apresuró el paso para dirigirse á su sombría fragua; colocó el enorme yunque en su indestructible base, y martillo en mano, con redoblados golpes, forjó imperceptible é indisoluble red con que rodear y prender á los amantes. Colocada que fué al rededor del lecho semejante á la más sutil telaraña como que era invisible áun para los penetrantes ojos de los inmortales, fingió Vulcano marchar á Lemnos,

FIG. 130. — Marte y Vénus. (Grupo antiguo).

su tierra predilecta. Marte, el del dorado yelmo, no bien supo su ausencia corrió al palacio del dios donde halló á Citerea retirada en su aposento y radiante de hermosura. Regresó el ultrajado Vulcano cuando los amantes estrechamente aprisionados en los apretados lazos por él dispuestos, forcejeaban en vano para romperlos y recobrar la libertad; y al verlos, poseido de vehemente ira, dirigió á Júpiter con voz atronadora estas palabras:

«Oh Júpiter, padre mio, y vosotros todos moradores del cielo, venid y sed con indignacion testigos del atentado que me cubre de oprobio. La hija de Júpiter, Vénus mi esposa me desprecia y ultraja; ama al funesto dios de las batallas, y la gentileza de Marte, su arrogante aspecto é impetuosa carrera han cautivado su corazon... Venid á presenciar el deshonor de mi tálamo, venid, y veréis como á pesar de su desatentado amor quieren desasirse el uno de los brazos del otro, y su mayor deseo es mirarse libres del libidonoso abrazo!» (HOMERO).

Las risas de los dioses allí reunidos y las felicitaciones que mereció la habilidad de Vulcano, llenan de confusion á los culpables; y cuando el ofendido esposo consintió en romper con sus robustas manos la maravillosa red bajo la garantía de satisfacer Neptuno el rescate por aquel exigido, apresuráronse á huir léjos del Olimpo, precipitándose Marte en lo más recóndito de Tracia, despues de convertir en gallo á su favorito Alectryon en castigo de no haberle avisado cual debía la salida del Sol. De aquella union nació, segun las leyendas de Beocia, la esposa de Cadmo, la madre de los Tebanos, *Armonía*, cuyo grato nombre guarda relacion con la naturaleza de la risueña Vénus.

La region de Tracia, pais de Bóreas y de las tempestades, en el cual nacían los crudos rigores del invierno, era en la tierra la residencia predilecta de Ares, y fué en opinion de los Griegos la cuna de su religion, importada por las tribus guerreras é indómitas del norte de Grecia.

Atribuíanle el carácter esencial de dios de la guerra, y en él personificaron todos sus estragos, siendo su nombre sinónimo no sólo de la guerrera intrepidez sino tambien del valor ciego, del esfuerzo impetuoso. Fué Ares para los Griegos no tanto el prototipo ideal del héroe de las épicas leyendas, como el guerrero que, impulsado por irresistible fuerza en medio de la pelea, sólo obedece al ímpetu de su instinto, á su furor de matanza, á su

Fig. 131. — Las redes de Vulcano. (Bajo-relieve antiguo).

insaciable sed de sangre. Al paso que los otros dioses intervienen en los combates únicamente en defensa de los pueblos ó de los héros á quienes protegen, Ares no conoce amigos ni enemigos, guerrea por el gusto de guerrear, y de las batallas ama más que la victoria su tumulto, sus cadáveres, los lastimeros ayes de los heridos. Representábanle como un guerrero de aspecto imponente, de gigantesca estatura y de impetuosos movimientos, respirando sangre y muerte; tenía en la mano la terrible lanza para la cual no hay escudo, y cubríale en las batallas bronceada armadura. Cuando se adelanta á pié es el terror de los carros de guerra; si lleva consigo una escala para subir al asalto, ríndensele los muros; si va montado

Fig. 132. — Marte rindiendo los muros. (Medalla antigua).

en reluciente carro, huyen asustados los más intrépidos combatientes á la vista de sus indomables corceles de sin igual empuje.

Pero tanto valor y esfuerzo casi nunca le dieron la victoria al pelear con otras divinidades, y en cuanto á sus hijos, que no participaban de su inmortalidad, perecieron casi todos á los golpes de los dioses y de los héroes apellidados solares por los mitólogos modernos. Flelgias, hijo de Ares y de la ninfa Chrysé, fué atravesado por las flechas de Apolo, cuyo templo quiso dar á las llamas. Otro hijo de Ares, por nombre Diomedes, rey mítico de los Bistones de Tracia, cuyos caballos se alimentaban con carne humana, fué muerto por Hércules, lo mismo que Cycnos, fruto de la union del dios con la ninfa Pirene. Hesiodo cuenta el singular combate entre los dos librado, y dice que Ares, al ver caer á su hijo despues de larga y terrible lucha, transformólo en cisne, y ocupó su lugar, lanzando por los ojos llamas é iluminando la selva en que se hallaba con el fulgor de sus armas. Siguió la pelea entre Hércules y el dios; pero Minerva, su constante enemiga, desvía del cuerpo de aquel los golpes que éste le tira, hasta que al fin herido y derribado no tiene Marte más recurso que ascender al Olimpo. Otra tradicion contaba que un rayo fulminado por Júpiter puso fin á la pelea separando á los combatientes.

Decíase en Atica que de la union de Ares y Aglauro había nacido Alkipe, á la cual robó y violentó Halirrotio, hijo de Neptuno y de la ninfa Euritia. Castigó el ofendido padre el delito con la muerte del culpado, y citado por Neptuno á juicio ante el tribunal de los grandes dioses, reunido al efecto en una colina de Atenas, tan bien se defendió que quedó absuelto. Desde aquel dia llamóse aquel lugar *Areopago*, colina de Ares, é igual nombre tomó en memoria del hecho el augusto tribunal que en el mismo celebró sus reuniones, el más antiguo de Atenas.

Formaban el ordinario y terrífico cortejo de Ares *Enyo*, destructora de ciudades, mortífera diosa en las batallas, y *Eris*, la sangrienta Discordia, «diosa que débil al nacer, crece muy pronto hasta ocultar su frente en el cielo miéntras tiene los piés en la tierra. Ella es la que recorriendo las filas de los ejércitos, derrama en los pechos el encono funesto, precursor de la matanza; ella la que con horrísonas voces enciende en el corazon de los guerreros el fuego del valor. Los ayes de los heridos la complacen, y es siempre la última en abandonar los campos de batalla donde recrea los ojos con el espectáculo de los cadáveres y moribundos.» (Homero). Rodeábanle ademas *Deunos* y *Phobos*, el Miedo y el Terror, servidores fieles del dios, cuyo carro preparan y cuyos pasos constantemente seguían; y tambien los *Keres*, domonios de las batallas que el arte primitivo pintaba con espeluznantes imágenes en las armas de los héroes. En el escudo de Agamenon veíase representada á Eris en asquerosa y horrible figura, Phobos tenia

cabeza de leon y el Ker dientes y garras de tigre, monstruos que reuniendo formas humanas á las de otros animales, eran adecuados compañeros del dios que en las batallas animaba á los combatientes con su cruel braveza y los convertía poco ménos que en fieras. El Terror tenía un templo en Esparta, junto al palacio de los Eforos. Teseo le tributó sacrificios para que no se llegara á sus soldados, y lo propio verificó Alejandro Magno ántes de la batalla de Arbeles.

Al carácter de dios de la guerra atribuido por lo comun á Ares, sustituyóse alguna vez otro enteramente distinto, como que en Beocia y en otras regiones estaba en relacion con los manantiales que riegan y fertilizan la tierra. En las inmediaciones del templo de Apolo Ismenio existía en Tebas una fuente consagrada á Ares, de quien se decía haber confiado su custodia á un dragon hijo suyo. En este concepto tenían á Ares los naturales de Tejea por dios de la abundancia, y así se concibe que, á tenor de idea análoga, tuviese Marte entre los Latinos el carácter de divinidad agraria.

A esos antiguos y esenciales atributos del Ares helénico se agregó mucho tiempo despues uno nuevo, y algunos textos, pocos en número, represéntanlo como un dios solar. Segun verémos al referir la leyenda de los Argonautas, Aetes, hijo del Sol, es sacerdote del culto de Ares en aquella sagrada selva donde había colocado el vellocino de oro. El autor de un himno en honor de Ares lo pinta moviendo por el éter su disco resplandeciente, y le suplica que de las celestes alturas haga descender al alma humana su grata claridad y comunique á los mortales la fuerza necesaria para apartar léjos de sí los males que les amenazan. Aunque este himno figura entre los homéricos, creen algunos críticos haber sido otra de las muchas invenciones mitológicas que se atribuyen á la secta de Orfeo, ó quizas tuvo esa idea su razon de ser en la confusion que al parecer se produjo entre dioses guerreros y dioses solares en las riberas del Asia Menor, donde Apolo era á veces representado teniendo por armas una hacha y una espada.

La espada era en Grecia uno de los símbolos del dios de la guerra, y en forma de tal le adoraban los Escitas, así como entre los Romanos fué la lanza imágen de Marte. El ardor de las batallas por él encendido expresábase en varias ceremonias de su culto, como en las antorchas que dos de sus sacerdotes tenían en la mano yendo á la cabeza de dos filas de gente armada que empeñaban entre sí un simulacro de combate. Al dios de la guerra eran consagrados en Grecia los animales que frecuentan los campos de batalla para saciarse en sus despojos, los buitres y los perros; entre las plantas la grama. Sacrificábansele toros, machos cabríos, caballos y asnos.

Aunque Ares formaba parte del grupo de los doce dioses mayores, no ocupó jamas muy importante lugar en el culto ni en las creencias helénicas; no hubo en Grecia nacion ni ciudad que le tuviese por dios principal y protector. Roma fué la que le levantó altares como á su dios nacional por excelencia, que tal divinidad correspondía al pueblo que con sus armas conquistó y avasalló la tierra.

En la remota época en que la gente itálica vivía en la Península aún exenta de contacto con extranjeras naciones, la religion no sólo de Roma, sino de toda la Italia, á juzgar por poderosos indicios, tenía, dice Mommsen (*Historia romana*), su divinidad comun y si puede decirse así central, ademas de Júpiter, en el *Dios que mata*, en *Mors* ó *Mars* (Marte), al cual se representaba las más de las veces blandiendo la lanza, protegiendo los ganados y combatiendo en pro de la ciudad cuyos enemigos destruía, al tiempo que era tambien considerado como deidad de las selvas y de la primavera. Cada ciudad empero tenía su dios Marte á ella peculiar, al que consideraba como el más fuerte entre todos, y cuando el pueblo ofrecía como expiacion el *ver sacrum*, los que partían en busca de una nueva patria poníanse en camino al amparo del Marte local. Bajo su invocacion se formaron los más antiguos nombres propios, como Mario, Mamerco, Mamurio, etc.; en él tuvieron su base las leyendas que explicaron el orígen de la ciudad de Roma, y á su culto perteneció la que sabemos de los primeros y más antiguos sacerdocios públicos.

Marte, segun la fábula, fué no sólo la deidad nacional sino el padre del fundador de Roma. A Numitor había arrebatado el cetro de Alba su hermano el opresor Amulio, quien, para privar á su víctima hasta de la esperanza de ser vengado por sus descendientes, dió muerte á su hijo Lauso ó Egisto y obligó á Rea ó Ilia Silvia, su hija, á consagrarse al culto de Vesta. Una mañana en que iba la vírgen en busca de agua para el sacrificio, sentóse en la verde hierba; la sombra de los sauces, el canto de las aves, el suave murmullo del rio, atrajeron á sus párpados dulce sueño; en él la sorprendió Marte, y la vestal dió á luz dos gemelos, Rómulo y Remo. Un antiguo bajo relie-

Fig. 133.—Marte y Rea Silvia. (Bajo-relieve antiguo. Museo Pio-Clementino).

ve, expresando el gran suceso resultado de aquella union, muestra á Marte dando la mano á Rea Silvia y guiándola hácia un monte personificado, que será probablemente el Aventino ó el Palatino; más abajo se ve el rio apoyado

en su urna, y animales que indican el carácter agreste de los antiguos romanos.

El tirano Amulio dispuso que fuesen precipitados la madre y sus hijos al Tiber, llamado Albula ántes que en sus aguas se ahogase el triste Tiberino; sin embargo, el dios del rio recogió á Silvia y la hizo esposa suya, y tambien los tiernos gemelos se salvaron. «La casualidad ó la providencia de los dioses, dice Tito Livio, hizo que las aguas del rio desbordado, inundando los campos á sus orillas inmediatos, no permitiesen llegar hasta su ordinario lecho á los encargados de ejecutar la bárbara sentencia. Creyeron que aquellas aguas, á pesar de que apénas se movían, tendrían bastante fondo para sumergir á los recien nacidos, y los abandonaron en el punto en que se halla en el dia la higuera Ruminal, lugar que era entónces silencioso desierto. La escasa profundidad del agua no tardó en dejar en seco la flotante cuna en la cual fueran expuestos los hijos de Marte; á sus vagidos una loba que bajó de la cercana cueva de Luperco á beber al rio, acercóse á ellos, les dió de mamar, y hasta tal

Fig. 134.—La loba. (Medalla antigua).

punto olvidó su ferocidad nativa, que el jefe de los pastores del rey, que acertó á pasar por dicho sitio, vióla lamer y acariciar á las dos desamparadas criaturas. Aquel hombre, llamado Faustulo, llevólas consigo á casa, y su mujer Acca Larentia tomó sobre sí el criarlas y educarlas.»

Fig. 135.—Rómulo y Remo. (Piedra grabada antigua).

Rómulo y Remo, que así se llamaron los hijos de Marte y Rea Silvia, crecieron entre los pastores. Diez y ocho años contaban cuando ya ejercían singular y acatado predominio sobre sus rústicos compañeros, y varias veces se les vió regresar en triunfo á su cabaña cubiertos de sangre de malhechores ó de fieras alimañas. Numitor reconoce á sus nietos con motivo de una riña trabada entre los pastores; les descubre su orígen, y con ellos derriba al usurpador Amulio, quien perece á los golpes de los hijos de Marte. Numitor, restaurado, les da tierra y gentes para fundar una ciudad en el mismo lugar donde fueron expuestos y salvados: esta ciudad es Roma.

¿Pero cuál de los hermanos trazará la línea de sus muros, cuál será de ellos soberano? ¿Lo será Remo, que ocupa con su gente el Aventino, ó Rómulo, que mora en el monte Palatino? «No haya contienda entre nosotros, dice el último; consultemos los auspicios.» Y en efecto, los consultan cada uno desde su respectivo monte: Remo fué el primero en ver seis buitres, pero su hermano vió doce consecutivos. Suyo es el triunfo, la nueva ciudad acatará su ley. Así explica la leyenda el olvido en que por mucho tiempo fué dejado el Aventino, mejor situado, más vasto y más fácil de ser fortificado, pero colonia de Remo, en beneficio del Palatino, residencia de Rómulo.

«Señala este dia para trazar con el arado la línea de los muros, cuando estaba muy próxima la fiesta de Palés, diosa de los pastores. Comiénzase la obra abriendo profunda fosa circular; allí son arrojadas las primicias de todas las cosas que, como buenas por ley ó necesarias por naturaleza, se usaban, y luego cada uno de los presentes echa un puñado de tierra del suelo de donde venía, de forma que todas las tierras se mezclaran y confundieran. Y á la gran fosa llaman con el nombre mismo del Olimpo: *Mundus*. Encima de ella se coloca el ara; la llama ilumina el nuevo hogar, y entónces, empuñando el arado, del que tiran una vaca y un buey blancos como la nieve, abre Rómulo un surco profundo en la extension que habrá de ocupar la muralla. Los que detrás seguían á pié iban remetiendo la tierra en la zanja para que ninguna raíz quedase al descubierto. Aquella línea determinó el muro, y el espacio dentro de ella comprendido llamóse por síncope *Pomerium* (detras del muro). En el punto donde había de abrirse una puerta levantaba Rómulo el arado y no hendía la tierra, como para significar que todo el muro es sagrado, pero las puertas nó, ya que por ellas han de tener entrada y salida cosas que, si bien necesarias, no son puras. Concluida su obra, pronuncia Rómulo estas palabras:—Júpiter, Marte, padre mio, y tú, madre Vesta, ayudadme en la fundacion de mi ciudad; ayudadme tambien vosotros todos, dioses á quienes la piedad ha de invocar. Nazca mi obra bajo vuestros auspicios; sea dilatada su existencia, y llegue su poderío á dominar la tierra, reconociendo su ley el oriente y el occidente.—Tal fué su oracion, y Júpiter responde á ella con favorable presagio: un rayo serpentea por la parte izquierda del cielo, y por el mismo lado retumba majestuoso el trueno. Poseidos los ciudadanos de alegría por semejante agüero, echan los cimientos, y en breve comienza el muro á levantarse del suelo.» (Ovidio).

Remo, en tanto, humillado en su altivez, miraba con despecho aquellos primeros actos de la soberanía de su hermano, y en son de burla saltó por encima del naciente muro. Para vengar la violada santidad de su recinto Rómulo le da muerte con su propia mano, y exclama: «¡Muera así todo enemigo que traspase

nuestra muralla!» Otra tradicion decía que quien le mató fué Celer, encargado por Rómulo de la custodia del muro, y otra por fin sostenía que, aclamados los dos hermanos, cada uno por sus parciales, fundándose los de Remo en la prioridad del tiempo y los de Rómulo en el mayor número de las aves, empeñóse sangrienta pelea en la cual murió el primero.

Hiciéronse á Remo solemnes funerales, y cuando, sepultadas sus cenizas, Faustulo y Acca, entregados á su desconsuelo, habían regresado á su cabaña, apareciéseles la sombra sangrienta del mancebo, que con ténue voz murmuró estas palabras: «Héme aquí, ved en qué estado se halla el que era ha poco la mitad de vuestro corazon. Yo, que á conferirme las aves el imperio, habría sido el primero de mi pueblo, no soy ahora más que sombra vana, escapada de las llamas de la pira; nada queda de Remo sino este triste fantasma. ¡Ay! ¿Dónde está mi padre Marte que dió fiera nodriza á nuestra infancia abandonada? Celer cruel, á quien una loba sobrepujó en misericordia, quiera el cielo que exhales por mil heridas tu alma inhumana y como yo bajes á la tierra cubierto de sangre. Mi hermano no quiso mi muerte, y ha derramado lágrimas por mí; haced vosotros con vuestro llanto, con vuestros ruegos paternales, que instituya una fiesta que eternice este memorable suceso.» Sabedor Rómulo del deseo de su hermano, fundó, para aplacar sus manes, la fiesta de los muertos, que en un principio, segun Ovidio, se llamó *Remurales*, y que con el tiempo, trocada por una letra más suave la inicial de este nombre, se pronunció *Lemurales*.

Nace la nueva ciudad; los dioses lares son trasladados á los nuevos hogares, y entónces los emigrantes ponen fuego á sus rústicas antiguas cabañas, y ellos y sus ganados saltan por entre las llamas. Por esto, segun Ovidio, en la fiesta de la diosa Palés, en las *Palilias* que se celebraban el misma dia, encendíanse fuegos de paja, que los hombres atravesaban con pié ligero. Aquel dia, 21 de Abril, llámase aún en la ciudad eterna *il natale di Roma*.

Así contaban la fundacion de la inmortal ciudad muchos autores, fundados en antiguas tradiciones; algunos, empero, entre ellos Plutarco y Dionisio de Halicarnaso, mencionan otras varias.

El primero, despues de referir el arribo á Etruria de los Troyanos, que por sugestiones de una mujer llamada Roma, fundaron la ciudad de este nombre, sigue diciendo: «Otros afirman haber puesto el nombre á la ciudad Roma, hija de Italo y de Leucaria; otros la hija de Telefo, casada con Eneas, escribiendo otros haber fundado la ciudad Romano, hijo de Ulises y de Circé; otros Romo de Ermacion, enviado de Troya por Diomedes; otros aquel Romo, señor de los Latinos, que expulsó á los Tirrenos de Tesalia en Lidia, y de Lidia de Italia...» Sigue Plutarco citando otras afirmaciones, y todavía cita más Dionisio de Halicarnaso, alguna fundada en el testimonio de escritores á los que llama antiquísimos.

La fundacion de Roma, segun el cálculo más generalmente seguido, acaeció en el año 754, ántes de la era cristiana [1].

Con los datos que suministran los más antiguos autores romanos es posible aún ahora formarse aproximada idea de lo que serían en aquella remota época unos sitios que tan gran parte han tenido y tienen en la historia del mundo. En las laderas del Palatino, cubiertas de arboleda y pastos, abríase ancha caverna en la parte hoy situada entre las iglesias de San Teodoro y de Santa María *Liberatrice*. El lugar que ocuparon el Circo y el Foro eran habitualmente charcas y aguazales; espesos matorrales coronaban el monte Capitolino; daba sombra al Aventino un bosque de laureles, y las corpulentas encinas del Celio, los sauces y las hayas del Esquilino, del Viminal, del Quirinal y del Janículo, eran mirados por aquellos pastores con religiosa veneracion. En el Vaticano, más oculto en una sinuosidad del valle del Tiber, crecía toda una selva de aquellos antiguos y copudos árboles, uno de cuyos carcomidos troncos, con una misteriosa inscripcion en caracteres etruscos, subsistía aún en tiempo de Plinio. Numerosas fuentes, cuyos vestigios ha descubierto la geología, brotaban en aquellos collados y serpenteaban entre los umbrosos prados de los valles solitarios.

En la cumbre del monte Palatino ó Germalus, monte de los Gemelos, la más central de esas colinas, levantóse la ciudad de Rómulo, la *Roma quadrata*, llamada así por razon de la forma del monte, que era entónces un cuadrado irregular. Al nombre de Palatino, acerca de cuya etimología son varias las opiniones, sin que ninguna ofrezca gran carácter de certeza, le ha cabido singular destino: cuando los Césares establecieron en él su morada fué ésta designada con un nombre tomado del de la colina, con el de *Palatium*, y viajando el nombre con los emperadores, aplicóse y fué el propio de su residencia en cualquiera lugar donde la situasen. De aquí provino que en casi todos los idiomas derivados del latino ó por éste modificados, se han llamado *palacios* las viviendas de los soberanos, y en general los edificios de gran magnificencia, de manera que la palabra á que las lenguas modernas han dado tan espléndido significado, tuvo orígen entre las chozas de rústicos pastores, ó quizas, segun cree Sexto Pompeyo, en los balidos de los rebaños que pacían en las laderas del monte.

En la que miraba á occidente existía, segun tradicion, la cabaña de Faustulo, *tugurium Faustuli*, que recibió despues el nombre de casa de Rómulo, *domus Romuli*. Junto á ella crecía un árbol, rodeado tiempo

[1] Autores hay que, siguiendo á Plinio, dicen que el nombre de Roma dado á la ciudad fué el vulgar; otro secreto tenía, segun ellos, cuyn revelacion era castigada con la muerte. Este nombre, á creer á Macrobio, era latino, y se supone si sería el de *Valentia*

despues de una cerca, que hasta el reinado de Calígula, en que murió, fué durante ocho siglos objeto del más solícito respeto. Si llegaba á observar un transeunte que su follaje languidecía, que sus raíces pedían riego, anunciábalo á la primera persona al alcance de su voz; ésta hacía lo propio con otra, y en un instante corría la noticia gran espacio y de todos lados acudían con jarros de agua, como si de secarse aquel arbolillo dependiesen los destinos de Roma. Decía la leyenda que Rómulo, para medir sus fuerzas, arrojó desde el Aventino su lanza, la cual se clavó en el Palatino; echando raíces convirtióse en árbol y dió inesperada sombra á los pastores, quienes no volvían de su respetuoso asombro. Exacto emblema de un pueblo que rara vez descansó sino á las sombra de sus lanzas, y otro testimonio aquel secular respeto profesado al cornejo de Rómulo de la larga vida de que gozan sobre la tierra los pueblos que honran los monumentos de sus mayores. Los profanadores del tiempo pasado duran poco, y son siempre azotes para lo porvenir.

La nueva ciudad creció en breve merced al refugio

Fig. 136. — Una batalla. (Piedra grabada).

que para los delincuentes estableció Rómulo entre los dos bosques sagrados del Capitolio; pero no conocían sus moradores, dice Ovidio, ni esposas ni alianzas. «Los opulentos pueblos vecinos menospreciaban la pobreza de aquellos guerreros, teniendo en ellos por mancilla el haber vivido en establos, el haber apacentado ganados y el no poseer más que un pedazo de terreno inculto. Las aves, las fieras se unen con los animales de su especie; hasta á la serpiente le es posible el reproducirse, y únicamente al Romano le estaba prohibido celebrar himeneo.—No más súplicas, dijo á Rómulo la inspiracion de su padre Marte; lo que en vano pides al ruego, te lo darán las armas.» (Ovidio).

Rómulo dispuso una fiesta al dios Consus, divinidad agrícola del antiguo culto itálico, y á ella acudió gran concurso de los pueblos inmediatos y sobre todo de los Sabinos, nacion descendiente del héroe Sabus ó Sabino, hijo de Sanco, dios de la luz, segun unos, y Espartano llegado á fugitivo á Italia, segun otros; él fué quien enseñó á su pueblo á sacar el vino del jugo de la vid. Una hija de noble familia, seducida por Marte, dió á luz un hijo, por nombre Modio Fabidio, y éste, famoso guerrero, vencedor en todos los combates, fundó una ciudad de que fué soberano; llamóla Cures, y los Sabinos, abandonando la de Reate, que ántes ocuparon, la hicieron su capital. A una seña de Rómulo precipitáronse sus guerreros espada en mano contra el inerme gentío que acudiera á la fiesta, y matando y dispersando á los hombres, robaron á las mujeres y las tomaron por esposas.

Fig. 137. — Rómulo vencedor de Acron. (Medalla antigua).

De tan inícuo atentado se originaron para Roma las primeras guerras, y en ellas reportó sus primeras victorias. Acron, rey de los Cecinios, fué vencido y muerto por Rómulo, quien, en reconocimiento del auxilio que del padre de los dioses recibió en la batalla, instituyó el culto de Júpiter Feretrio consagrándole las armas del vencido, ó sean los primeros *despojos ópimos*. En tanto los pueblos sabinos se reunen para vengar la horrible afrenta, y en aparato de guerra invaden el territorio de la nueva ciudad; la traicion de Tarpeya les abre el camino del Capitolio, y de ahí el haberse dado aquel nombre á la roca desde la cual eran pecipitados los traidores. Los hijos de Cures avanzan en silencio; llegan hasta el Foro, y empéñase allí sangrienta batalla, cuando las mismas mujeres robadas por los Romanos, desgreñadas y llorosas, se precipitan en medio de los comba-

Fig. 138. — Las sabinas. (Medalla antigua).

tientes. «No las arredran las picas y espadas, ni el tumulto ni el estrago de la pelea las detiene.—Cesad, gritan, cesad la lucha. Peleais por nosotras, y cada uno de vuestros golpes nos deja huérfanas ó viudas. Si nos amais, ¡oh vosotros que nos disteis la vida! perdonad á nuestros esposos, y vosotros que nos habeis jurado amor, no mancheis vuestras crueles espadas con la sangre de nuestros padres. Romanos, vuestras mujeres son Sabinas; Sabinos, vuestros nietos son Romanos.—Al decir esto presentaban con elocuente ademan á los guerreros los frutos de su union, quienes, con sublime instinto, alargaban, como implorando compasion, las tiernas manecitas. Este espectáculo, las razones, el llanto y desconsuelo de las Sabinas apagan el rencor en todos los pechos; cesa el combate, y quedan los brazos levantados sin descargar el golpe; la flecha asestada contra el pecho enemigo cae sin fuerza del arco, y las Sabinas se apoderan sin oposicion de las armas de sus padres y esposos. Suegros y yernos se dan la mano de amigos; el padre abraza á la recobrada hija, y el abuelo lleva en su escudo al alegre nietezuelo.» (Ovidio).

Un tratado llamado de Comitium, sigue diciendo la tradicion, aseguró la paz entre ámbos pueblos, y el sabino, con su rey Tacio á la cabeza, se estableció en el Quirinal. Las treinta Sabinas (este número mencionaban las más antiguas tradiciones) fueron á la vez orígen de las treinta familias del patriciado romano y heroínas protectoras de las treinta tribus. Muerto el rey Tacio por los Latinos, en represalias de las depredaciones cometidas en su territorio, Rómulo le levantó un sepulcro en que cada año celebraba fúnebres sacrificios, y quedó reinando solo en Roma. Desde aquel momento, empero, su reinado interesa más á la historia, por lo poco que pueda inquirir acerca de la elemental constitucion de la naciente ciudad que á la MITOLOGÍA; sostenido que hubo nuevas guerras con Fidenes y Veies, murió y fué deificado con el nombre de Quirino, que era el que daban á su dios Marte los Sabinos de Cures y del Quirinal. La fábula refiere así el prodigioso suceso:

«Cuando Marte, padre de los combates, vió construidos ya los muros de Roma y á su hijo vencedor de tantas guerras, presentóse á Júpiter y le dijo:—¡Oh, padre mio! el poderío romano está sólidamente establecido, y no necesita ya de sangre mia; devuelve, pues, un hijo á su padre, y si un destino funesto me privó de Remo, al reunirme con el hijo que me queda, creeré hallarlos á los dos. El cielo se abrirá para Rómulo, dijísteme un dia en la asamblea de los dioses, y la palabra de Júpiter es preciso que se cumpla.—El señor del Olimpo hizo una señal afirmativa á cuyo movimiento se estremecieron ámbos polos y Atlas vaciló bajo el peso de la celeste bóveda.

«Existe un lugar llamado por los antiguos Marjal de la Cabra, y en él dictaba Rómulo sus leyes. Un dia, miéntras estaba haciendo de sus guerreros marcial alarde, al ocultarse el sol en el horizonte, formáronse negras nudes entre el cielo y la tierra, y en breve cayó á torrentes la lluvia. Entónces, entre el fragor del trueno, á la incierta claridad de los relámpagos, ascendió Rómulo al cielo, arrebatado por su padre en su sangriento carro; cuanto el héroe tenía de mortal se desvaneció en los aires, como la bala de plomo lanzada por la honda se funde y desaparece en la nube, y cuando en la tierra se lloraba su muerte, apareciósé á Julio Próculo, noble romano, en el camino de Alba.—Anuncia á mis Quirites, le dijo, que dejen el luto y que en vez de llanto, agravio á mi divinidad, ofrezcan incienso y preces á Quirino, nuevo morador del Olimpo, y cultiven siempre, á ejemplo de su padre, el arte de la guerra.»—Dijo y desapareció cual vana sombra. Próculo refirió su vision al pueblo congregado, y para cumplir lo ordenado erigióse un templo á Quirino. La Sabina Hersilia, su esposa, fué tambien llevada al cielo; el fundador de Roma la recibió amoroso en sus brazos, y mudando á una su forma y nombre, llamóla Hora. Su culto es para los Romanos inseparable del de Quirino.» (Ovidio).

Otra tradicion refería que Rómulo, por haberse convertido en tirano en los últimos años de su vida, fué despedazado por los senadores quienes se llevaron debajo de sus togas los sangrientos miembros, inventando, para sosegar al pueblo, la leyenda de su apoteósis.

A Rómulo sucedió el sabino Numa, al guerrero el sabio. La fábula dióle por esposa la ninfa Egeria y supuso que bajo su inspiracion, que recibía en un bosquecillo inmediato á Roma, y guiado por las Musas, enseñó sus sagrados ritos é introdujo las artes de la paz entre los hombres habituados á los horrores de la guerra. El dia en que, rendido al peso de los años, bajó al sepulcro llorado por su pueblo, la ninfa entregóse sin tregua al dolor en la umbrosa soledad del valle de Aricia, hasta que, compadecida la hermana de Apolo, transformóla en clara fuente de frescas y perpétuas aguas.

Á Numa atribuyó la tradicion la mayor parte de las instituciones religiosas de Roma; de él data, á lo que se cree, una nueva organizacion sacerdotal, las fórmulas sagradas, las preces y los ritos que acompañaban los

sacrificios y expiaciones, en una palabra, toda la religiosa disciplina á que estuvieron sometidos los comienzos de Roma, y de la cual tomó ésta el carácter de solidez y gravedad que se observa en todas las épocas de su historia. Para que fuese la ciudad eterna Numa quiso hacer de ella la ciudad santa; y en efecto, entre los pueblos de la antigüedad fué el romano el más grande, y tambien el más religioso. La obra de Numa comunicó y conservó á los Romanos hasta el tiempo de Polybio, y áun despues, un carácter religioso, estricto y severo, en el cual el historiador griego, educado sin duda en muy diferente escuela, sólo veía habilidad política. Cuenta el mismo que en la guerra empeñada entre Romanos y Etolios, referían éstos, sin volver de su asombro, «que en las batallas el general en jefe de Roma no hacía más que rezar y ofrecer el sacrificio, ni más ni ménos que un sacerdote;» á lo cual Polybio, con ínfulas de entendido y hombre de gobierno, observa «que el Estado no se compone únicamente de varones sabios y discretos, y que las ceremonias del culto son de muy buen efecto para el comun de la gente.» Poco sabía del corazon humano y mucho le cegaba su literatura al historiador helénico cuando de este modo ignoraba que si en esta materia cupiesen distinciones, que no caben, á los sabios y poderosos, á los grandes más que los pequeños es necesaria la religion.

En la legislacion religiosa de Numa y en los anales de los pontífices que se cree son su expresion no hay que buscar una clasificacion de divinidades como en el sistema helénico. Jano abría la série y la cerraba Vesta; Júpiter venía en pos, y seguíanle las dos divinidades protectoras la una de los Romanos y de los Sabinos la otra, el Marte de Alba y el Marte Quirino, identificado despues, conforme hemos visto con Rómulo transfigurado. Que muchas deidades de la teogonía helénica fueron conocidas en Italia desde la más remota antigüedad, aunque con no pocas modificaciones, segun vamos observando en el proceso de este relato, cosa es que no tiene duda, por más que lo que en Grecia tenían de humano lo perdiesen en su contacto con las tradiciones religiosas etruscas que informaban todas las de la península. En efecto, los dioses de Roma y de Italia sólo muy rara vez descienden á la tierra; Céres no enseña allí la agricultura; no baja Minerva á plantar el olivo, ni Neptuno á domar el corcel fogoso; aquellas divinidades revelan su voluntad y se dejan sentir por medio de señales y prodigios, de trastornos de la naturaleza, y tambien por el vuelo de las aves y las entrañas palpitantes. Las sagradas selvas tenían voces misteriosas; en los torrentes, en las montañas oíanse gritos amenazadores de la cólera del cielo, é inútil es observar la fuente de supersticiones que esto había de ser para la mísera razon humana.

Sobre este punto conviene observar una diferencia característica entre Grecia y Roma; los llamados fenómenos naturales, los terremotos por ejemplo eran atribuidos por los Griegos á un dios determinado, á Poseidon Asfalios, cuya clemencia era en casos tales implorada. Las ceremonias religiosas que en Roma se decretaban en ocasiones semejantes no se dirigían á un dios particular; en la invocacion no se atrevían á precisar el nombre ni el sexo de la divinidad que pudo haber ordenado la catástrofe, y al inmolar la víctima pronunciábase esta fórmula singular y misteriosa: «*Si Deo, si Deæ.*» En todas las invocaciones y actos del culto oficial de Roma podía observarse cierta vaguedad hija de la creencia de no ser suficiente un solo nombre para contener toda la esencia y los atributos todos del dios; de muchas fórmulas se desprendía como el temor de precisar y definir demasiado, y ese temor partía de la conviccion en que los Romanos estaban de que sus sacrificios, preces y expiaciones no se dirigían únicamente al dios particular á quien en casos determinados invocaban, sino á la suprema deidad. Por esto despues de cada oracion especial elevada á un dios, concluíase con una invocacion de carácter general, lo que era conocido con el nombre de *generaliter invocare.*

Y áun llegada con los Tarquinos lo que puede calificarse de época segunda para la religion romana, esto es la mayor y de cada dia creciente influencia helénica, conforme hemos podido ver en diferentes puntos de nuestro relato, esas características diferencias entre los cultos de Grecia y Roma continuaron subsistiendo. De mano maestra las pinta haciendo resaltar el distinto sello que á los dos pueblos imprimen, uno de los ilustres escritores contemporáneos en cuadros llenos de color y vida.

«Volviendo los ojos al Occidente, dice, se ve como tendida á sus puertas una region que da entrada á un nuevo mundo en lo moral, en lo político y en lo teológico. La inmensa divinidad oriental se descompone allí y pierde lo que tiene de austero y de formidable: su unidad es multitud. La divinidad era allí inmóvil; la multitud bulle aquí sin reposo. Todo era allí silencio; todo es aquí rumores, cadencias y armonías. La divinidad oriental se prolongaba por todos los tiempos, y resonaba por todos los espacios. La gran familia divina tiene aquí su árbol genealógico, y cabe toda con anchura en la cumbre de un monte. Una eterna paz reposa en el dios del Oriente; todo es aquí, en el alcázar divino, guerra, confusion y tumulto. La unidad política pasa por las mismas vicisitudes que la unidad religiosa; aquí es un imperio cada ciudad, miéntras que allí todas las muchedumbres formaban un imperio. A un dios corresponde un rey; á una república de dioses otra de ciudades. En esta multitud de ciudades y de dioses todo será desordenado y confuso. Los hombres tendrán un no sé qué de heróico y de divino, y los dioses un no sé qué de terrenal y humano. Los dioses darán á los hombres la comprension de las grandes cosas y el instinto de las cosas bellas, y los hombres darán á los dioses sus discordias y sus vicios. Habrá hombres de alta fama y virtud, y dioses incestuosos y adúlteros. Impresionable y nervioso, ese pueblo será

grande por sus poetas y famoso por sus artistas, y se dará al mundo en espectáculo; la vida no será bella á sus ojos sino en cuanto resplandece con los reflejos de la gloria; ni tendrá á la muerte por tremenda sino en cuanto la siga el olvido: sensual hasta en la médula de sus huesos no verá en la vida sino los placeres, y no tendrá la muerte por dichosa si muere entre flores. La familiaridad y el parentesco con sus dioses hará á ese pueblo vano, caprichoso, locuaz y petulante; falto de respeto á la divinidad carecerá de gravedad en sus designios, de fijeza en sus propósitos, de consistencia en sus resoluciones. El mundo oriental se presentará á sus ojos como una region llena de sombras, ó como un mundo poblado de estatuas; el Oriente á su vez, poniendo los ojos en su vida tan efímera, en su muerte tan temprana, en su gloria tan breve, le llamará pueblo de niños. Para el uno la grandeza está en la duracion, para el otro en el movimiento. De esta manera la teología griega y la historia griega y el temperamento griego son una misma cosa.

«Este fenómeno es visible sobre todo en la historia del pueblo romano. Sus principales dioses, de familia etrusca, por lo que tenían de dioses eran griegos, por lo que tenían de etruscos eran orientales, por lo que tenían de griegos eran muchos, por lo que tenían de orientales eran austeros y sombríos. En política como en religion, Roma es á un tiempo mismo el Oriente y el Occidente. Es una ciudad como la de Teseo y un imperio como el de Ciro. Roma figura á Jano: en su cabeza hay dos caras, y en sus dos caras dos semblantes: el uno es el símbolo de la duracion oriental, y el otro el del movimiento griego. Tan grande es su movilidad que llega á los confines del mundo, y tan agigantada su duracion que el mundo la llama eterna. Criada por el consejo divino para preparar las vías á aquel que había de venir, su encargo providencial fué asimilarse todas las teologías y dominar á todas las gentes. Obedeciendo á un llamamiento misterioso, todos los dioses suben al Capitolio romano: y pasmadas las gentes con un súbito terror, derriban al suelo su cerviz todos los pueblos y todas las naciones. Todas las ciudades, unas despues de otras, se ven desamparadas de sus dioses: los dioses, unos despues de otros, se ven despojados de todos sus templos y de todas sus ciudades. Su gigantesco imperio tiene por suya la legitimidad oriental, esto es, la muchedumbre y la fuerza; y la legitimidad del Occidente, esto es, la inteligencia y la disciplina. Por eso todo lo avasalla y nada le resiste; todo lo tritura y nadie se queja. De la misma manera que su teología tiene al mismo tiempo algo de diferente y algo de comun con todas las teologías, Roma tiene algo que le es propio y mucho que la es comun con todas las ciudades vencidas por sus armas, ó deslustradas por su gloria; tiene de Esparta la severidad; de Atenas la cultura; de Menfis la pompa, y la grandeza de Babilonia y de Nínive. Por decirlo todo de una vez, el Oriente es la tésis, el Occidente su antítesis, Roma la síntesis, y el romano imperio no significa otra cosa sino que la tésis oriental y la antítesis occidental han ido á perderse y confundirse en la síntesis romana. Descompóngase ahora en sus elementos constitutivos esa poderosa síntesis, y se observará que no es síntesis en el órden político y social, sino porque lo es tambien en el órden religioso. En los pueblos orientales como en las repúblicas griegas, y en el imperio romano como en las repúblicas griegas y en los pueblos orientales, los sistemas teológicos sirven para explicar los sistemas políticos: la teología es la luz de la historia.» (Doxoso Cortés).

En la organizacion religiosa de la primitiva Roma créese, repetimos, que pertenecieron al culto de Marte los más antiguos sacerdocios públicos. En primer lugar han de citarse el sacerdote vitalicio del dios de la ciudad, el *Flamen Martialis*, así llamado por ser él quien abrasaba la víctima; la antigua corporacion de los *Saltadores* ó *Salii*, mancebos patricios que cantaban y danzaban el *baile de las armas*, la danza pírrica, en honor del dios guerrero, y la de los *Lupercos*, ó servidores del lobo, cuyo orígen se pierde en la noche de los tiempos. Cuando la ciudad de la colina (el Quirinal) se incorporó á la ciudad Palatina fundiéronse sus instituciones muy semejantes entre sí; pero en lo que toca á las cosas santas y al sacerdocio conservóse el antiguo estado, contándose en Roma para lo sucesivo dos corporaciones de *Salii* y *Luperci* y dos sacerdotes de Marte: en el Palatino el uno, que fué llamado propiamente con el nombre del dios, y en la Colina el otro, apellidado sacerdote de Quirino. Con el *Flamen Dialis* formaban ámbos la suprema trinidad sacerdotal.

Cuando Numa obtuvo del cielo el escudo que, conforme llevamos explicado, era prenda de la proteccion divina, imaginó, para mejor defenderlo contra los futuros enemigos, la fabricacion de otros once absolutamente iguales; un artífice, por nombre Mamurio, con tal perfeccion realizó la obra que se le encomendara, que ni el mismo rey pudo luego distinguir el primitivo. Por su forma ovalada llamáronse *anciles:* su custodia fué confiada á la corporacion de los *Salii* que, si bien es probable existiese ya de ántes, créese que recibiría entónces una existencia oficial, lo propio que la de los *Ticianos*, á cuyo cargo corría la fiesta que se celebraba en honor del rey Tacio, y la de los Hermanos Arvales quienes, como en su lugar habrémos de ver, estaban encargados de invocar sobre los sembrados las bendiciones de lo alto. Eran estas corporaciones ó hermandades asociaciones de familias, unidas por el vínculo religioso, renovado periódicamente por sacrificios y festines en comun; constaban, á lo que se cree, de doce miembros que se renovaban por agregacion, y su culto religioso difería del de los sacerdotes en que aquellas corporaciones únicamente tomaban parte en ciertas fiestas solemnes.

Á la misma época refería la tradicion el estableci-

miento de los colegios sacerdotales de los augures y de los pontífices. Los seis augures inquirían la voluntad de los dioses en el vuelo de las aves, á tenor de ciertas reglas que con el tiempo se complicaron hasta requerir detenidos estudios y formar todo un sistema de interpretacion sagrada. Los cinco *Constructores de puentes (pontífices)* debieron su nombre al religioso é importante encargo de montar y desmontar el puente del Tíber; fueron, propiamente hablando, dice Mommsen, los *ingenieros* romanos, poseedores del secreto de las *medidas* y los *números,* y de ahí su obligacion de establecer el calendario público, de anunciar la luna nueva y llena y los dias de fiesta, y de cuidar de que las solemnidades del culto y de la justicia se verificasen con regularidad en dias propicios. Llevaban al corriente las listas de los magistrados; registraban los meses y los años en libros á los que se daba el nombre de *Fastos,* y á ellos pertenecía, en cierto modo, la supremacia religiosa, en cuanto, desde la época republicana correspondióles la designacion de los sacerdotes *(flamines).* De la caída de la monarquía data igualmente el cargo de Pontífice máximo, nombrado por el colegio, quien asumía con la representacion del mismo sus principales atribuciones y la inspeccion suprema sobre todo el sacerdocio. La fuerza de las decisiones de augures y pontífices era superior á leyes, elecciones y á los actos políticos todos: el cónsul que, á pesar del augur, hubiese convocado al pueblo, ó consagrado un templo á despecho de los pontífices, no sólo habría incurrido en delito de impiedad, sino que habría llevado á cabo un acto completamente nulo.

Desde Numa hasta los Tarquinos era el rey quien ofrecía el sacrificio por su pueblo; expulsados los reyes creóse un *rey de los sacrificios,* con el único cometido de reemplazar para con los dioses el mediador recien suprimido. Excluido de todos los demas empleos y ministerios, fué éste el primero de los magistrados por su elevada representacion á la vez que el último por carecer de toda potestad.

Junto á esos colegios, los más antiguos y venerados, ha de mencionarse en la organizacion sacerdotal de Roma, el de los veinte *mensajeros del Estado* ó *feciales,* en los que, por medio de la tradicion oral, se perpetuaba, conforme hemos dicho, la memoria de los tratados celebrados con las ciudades vecinas. Á ellos, en caso de infraccion, correspondía reclamar las expiaciones debidas, ó declarar la guerra si no eran otorgadas. Los feciales eran respecto al derecho de gentes lo que los pontífices para el derecho sagrado.

Por fin formaba parte de aquella organizacion otro colegio de tres y tiempo despues de siete sacerdotes, llamados *Epulones;* su cargo no era otro que disponer los banquetes pios *(lectisternia).*

Á varios dioses se rendiría culto en la Roma primitiva, siendo sin duda anteriores la mayor parte de aquellos ritos á la fundacion de la ciudad; los Sabinos del Quirinal llevaron á ella el de *Semo Sancus* ó *Dius Fidius,* que hubo de tener estrecha relacion con Júpiter, considerado como dios de la luz celeste, ó quizas fué un Hércules sabino. Invocábase á esta deidad en los juramentos, y de ahí la antigua fórmula *Me Dius Fidius,* la cual no podía pronunciarse sino fuera de techado. *Dius Fidius* tenía ademas bajo su amparo el derecho de gentes y las relaciones internacionales, y en tal concepto Tarquino el Soberbio depositó en su templo el tratado celebrado con los Gabianos, templo que, comenzado por Tacio, no fué inaugurado hasta el dia de las nonas de junio del año 466 de Roma, fiesta desde entónces consagrada á este dios en el calendario romano. En una isla del Tíber existía otro templo á Semo Sancus, y su confusa inscripcion hizo creer á los primeros cristianos que en Roma se había divinizado á Simon Mago. Ademas de las divinidades que llevamos explicadas y de otras que irán ocupando sucesivo lugar en nuestro relato, parece haber formado la base de aquella religion un panteismo naturalista del cual hubo de pasar fácilmente la imaginacion popular á la apoteósis personal y distinta de cada objeto. Por esto el fuego, los árboles, las selvas, las fuentes y los rios eran mirados con gran veneracion, segun habrémos de ver en ocasion oportuna.

El culto por Numa establecido, ántes de las innovaciones que en tiempo de Tarquino le dieron más brillante aparato, distinguióse por su gran sencillez al propio tiempo que por su complicacion extremada; sencillez en los medios materiales de expresar la idea religiosa, complicacion en los usos y ceremonias por el mismo instituidos. No existían entónces en Roma templos en el sentido arquitectural de la palabra, sino y únicamente sitios consagrados á la divinidad, donde se hacian sacrificios y preces en comun delante de ciertos símbolos que significaban la presencia ó intervencion de los dioses; los altares se levantaban al aire libre y eran las más de las veces de verde follaje. De aquel tiempo datan, á lo que parece, las simbólicas ceremonias que comenzaron á desterrar los sacrificios humanos, ántes muy usados, y tambien las abluciones, aspersiones y purificaciones, símbolo de la pureza, *castitas,* que se exigía lo mismo á los que hacían ofrendas que á los sacerdotes. En los sacrificios, preces, procesiones, etc., bastaba el menor yerro ó irregularidad para volver al comienzo de toda la ceremonia ó cuando ménos de aquella parte en que se creía haber habido falta; de una pequeña omision en las fórmulas consagradas ó en la oracion, de un movimiento de la mano fuera de lugar en la libacion, de una interrupcion en el baile ó en el acompañamiento de la flauta se sabía haber ocasionado el que se empezara hasta treinta veces consecutivas el mismo sacrificio. Y como tales ceremonias y preces eran en muy crecido número, y por lo mismo de difícil retencion, recitábanse siempre con el escrito en la mano, miéntras que otra persona iba comprobando, palabra por palabra, la exactitud de lo que se

leía, y que otra, ademas, vigilaba á fin de que nada viniese á turbar el sosegado curso de la ceremonia.

A Rómulo y Numa atribuía la tradicion el establecimiento del calendario que, con diferentes modificaciones y correcciones, rige todavía en Europa. Entre las densas tinieblas que envuelven el principio de la cronología romana, tiénese por lo más seguro que el año de Rómulo constaba únicamente de diez meses, habiendo en esto y en otras instituciones aplicado el fundador de Roma el sistema decimal. «El número diez, dice Ovidio, era entónces tenido en gran estima, ya porque es el de los dedos, de que por lo comun se usa en los cálculos, ya porque la mujer pare al décimo mes, ya tambien porque las cifras son diez, y recorridas que son todas ellas hay que volverlas á empezar para tener nuevo punto de partida. Por esto vimos á Rómulo dividir en diez centurias los soldados de las legiones, segun la relacion de edad y semejanza, diez cuerpos de asteros, diez de *principes,* diez de *pilani.* Igual division se encontraba entre aquellos á quienes el Estado gratificaba con caballo, y tambien entre los Ticianos, llamados Ramnes, y entre los Lucerios. No hizo, pues, sino aplicar al año el número más usado, que es igualmente el tiempo que la enlutada viuda llora á su esposo.» «No era aún conocido el religioso febrero, añade el poeta, y tú, bifronte Jano, no eras todavía el caudillo de los meses.» Comenzaba el año por la primavera, y el primer mes, el único que llevaba el nombre de una divinidad, llamábase de Marte *Martius.* «¡Dios de los combates, dijo Rómulo, oh tú cuya sangre corre por mis venas! Bajo tus auspicios comenzamos el año romano, y quiero que su primer mes lleve tu nombre.» (Ovidio). Así, pues, el primer dia de marzo, el ramo de laurel, que todo el año había adornado la morada de los *flámines,* era cambiado por otro nuevo; renovábase el fuego en el misterioso santuario de Vesta, y cesando los magistrados antiguos entraban en funciones los nuevos. Abril *(aprilis)* se llamó así por brotar entónces plantas y flores del entreabierto seno de la tierra que rompe sus ataduras de hielo y escarcha, así como mayo y junio por su crecimiento y florescencia. Ovidio, empero, busca á los dos últimos meses otra etimología. «Rómulo, dice, distribuyó su pueblo por edades, y lo dividió en dos partes: propia la una para el consejo y para las armas la otra; á los primeros tocaba declarar la guerra, á los segundos hacerla. Así lo quiso Rómulo, y en los meses reprodujo esta misma distincion; junio es el mes de los jóvenes *(juvenis),* y el que le precede el de los ancianos *(majores).*» Los restantes meses, desde el quinto hasta el décimo, no llevaban nombre; con su habitual carencia de poesía, con lo que se llamaría hoy espíritu esencialmente práctico, uno de los lados salientes de su carácter, los Romanos se limitaron á distinguirlos por su número de órden: *quintilis* (julio), *sextilis* (agosto), *september, october, november, december.*

En tiempo de Numa créese haber adquirido favor el sistema duodecimal, y de aquel rey se dice haber añadido dos meses al año anteriormente establecido, *januarius* (enero), como la puerta por donde se entraba en los trabajos agrícolas, y *februarius* (febrero) que, «consagrado á los manes, postreros moradores del mundo, dice Ovidio, es el último del año.» Como tal, era este mes destinado á la expiacion y á las purificaciones generales, á fin de que, borradas todas las impurezas del año que concluía, inaugúrase marzo otro de puridad y dicha. De ahí su nombre tomado de la fiebre purificadora.

Suponen algunos autores, y Ovidio menciona en sus *Fastos* sus diferentes opiniones, que abril, mayo y junio debían su nombre, al igual que marzo, á otras tantas divinidades; á Vénus, Maya y Juno, así como enero *(januarius)* al dios Jano, cuyo culto suponíase haber sido introducido por Numa.

Dividianse los meses de 29 y 30 dias en cuatro partes de duracion desigual; la de las tres últimas fija, y la de la primera variable. El primer dia de la primera llevaba el nombre de *kalendæ,* derivado de la convocacion que del pueblo hacian los pontífices para anunciarle el número de dias que habían de transcurrir hasta el de *nona,* ó sea el principio de la segunda semana. El mismo nombre tenía el que daba comienzo á la cuarta, al paso que el primero de la tercera semana conservó el antiguo de Idus *(dia divisorio).*

Una de las bases de esta cronología era la creencia en el influjo saludable de los números impares, y por lo mismo eran las calendas el dia 1; la nona el 5 ó el 7, y los idus el 13 ó el 15; ademas de estas fiestas, á dias impares correspondían igualmente con cortísimas excepciones las demas del año, en número de cuarenta y cinco religiosas casi todas; y esta supersticion romana era tan constante, que si la fiesta duraba varios dias quedaba interrumpida en los intermedios. Por el contrario, los dias pares inmediatos á las calendas, nona, é idus eran tenidos por dias siniestros y desgraciados, *atros, infaustos.* En ellos no se hacía sacrificio alguno, y era de rigor abstenerse de comenzar toda clase de obra, siendo señalados en los Fastos de la ciudad con color negro. «La historia no ha desmentido jamas el presagio, dice Ovidio; Roma en esos dias funestos ha perdido sangrientas batallas.» «Huye del quinto dia; en él nacieron el pálido Orco y las Euménides; en él la tierra abortó en parto nefando á Ceo, á Japeto, al cruel Tifon y á los hermanos que se conjuraron para escalar el cielo. Tres veces quisieron poner Pelion sobre Osa; tres veces demolió Júpiter con su rayo los hacinados montes. Feliz es el séptimo dia; pero ménos que el décimo... el noveno, adverso para los ladrones, es el mejor para los caminantes.» (Virgilio).

Dividianse los dias en *festi* (festivos), *profesti* (ordinarios), é *intercisi* (semi festivos); los sacrificios, los festines religiosos y la féria, esto es, el descanso y la

Copiado de un cuadro de Picon